

JUAN LUIS GALLARDO

HUINCA HUÉ
Y
LIHUÉ CALEL

oOo

JUSTIFICACIÓN

Huinca Hué era el campo donde transcurrió mi niñez y adolescencia. Quedaba a dos leguas y media del pueblo de Pirovano, provincia de Buenos Aires. Allí vivimos Luis Francisco Gallardo, Papá; Celina Mercedes Pirovano, Mamá; yo, que soy el mayor y por eso me menciono en primera lugar, y mis ocho hermanos: Inés de la Dolorosa, Catalina de Jesús, Luis Bernardo -que murió hace poco-, Luis Esteban, Santiago Luis de la Cruz, María de Jesús, Celina y María del Rosario.

El pueblo había sido fundado por Rodolfo Pirovano, dueño por entonces de la estancia *Cume Co*, vinculado el casco con la estación del ferrocarril por una avenida flanqueada de pinos. La denominación del pueblo constituía un homenaje al doctor Ignacio, ilustre cirujano del 80, padre de la mujer del fundador, Catalina Pirovano Álzaga.

Me propongo escribir sobre Huinca Hué, que es una manera de escribir sobre nosotros, a fin de postergar el olvido que, de todos modos, terminará por borrar nuestro recuerdo.

También escribiré sobre Lihué Calel, donde solíamos pasar los veraneos en vez de marchar a Mar del Plata o Punta del Este como todo el mundo. Lugar singular si los hay que haré conocer a mis lectores.

I

La mención del pueblo se asocia inevitablemente con un hecho sangriento, conocido como *La Tragedia de Pirovano*. Ocurrió el mismo cuando la revolución radical de 1905, dirigida contra el presidente Manuel Quintana. Los pasajeros de un tren que venía de Bahía Blanca llevando tropas, encabezadas por Enrique Julio, que luego fundaría el diario *La Nueva Provincia*, con quien también viajaba el bisabuelo de mi amigo Darío Casapíccola, al llegar a la estación Pirovano se enteraron de que la revolución había fracasado.

En efecto, informado de noche sobre el alzamiento, Quintana, que estaba durmiendo, se levantó diciendo: *Ha llegado el momento de ponerse los pantalones*. Y efectivamente se los puso, literal y metafóricamente, ordenando una enérgica represión.

Al saber de ello las tropas revolucionarias, se amotinaron contra sus jefes y llevaron a cabo una matanza de oficiales al llegar a Pirovano. Algunos de ellos lograron escapar, escondiéndose en el monte de *Cume Co*, mientras otro huía montando *el petizo de Gabino*.

Aseguran que en las paredes de la estación aún se pueden ver huellas de balazos disparados entonces. Aunque yo, que me he criado en Pirovano, nunca las ví.

* * *

En tiempos de la tragedia, Pirovano consistía sólo en un almacén y alguna casa de ladrillo. Recién en 1913 Rodolfo Pirovano fundó el pueblo y vendió solares a los primeros pobladores. Hoy, las calles del mismo llevan nombre de aquellos primeros vecinos: *Aizaguer, Bonvini, Massaux, Milani, Serna, Roteta...*

En ocasión de celebrarse un aniversario de la fundación, se organizaron grandes festejos: bombas al amanecer, almuerzo popular en un galpón del ferrocarril, discursos. Y una carrera de bicicletas, que tuvo lugar en la avenida que une *Cume Co* con la estación. Yo participé en la misma con una bicicleta de media carrera, propiedad de uno de mis hermanos. Los otros partícipes fueron un muchacho Garegnani, alias *Neblina*, y un mozo Cazajús, de Bolívar. Ambos tenían bicicletas de carrera, con cambios, de los que carecía la mía.

Mis rivales tomaron la punta y así llegaron al final de la avenida, donde debían girar en redondo para emprender el regreso. Y hete aquí que se enredaron, cayéndose los dos. Circunstancia que aproveché para salir disparando de vuelta y ganar la carrera. Cuyo premio prometido era un cuchillo con mango de plata. El cual no resultó de plata sino de plomo y se rompió poco después de que me lo dieran.

En medio de la plaza lugareña se levanta una estatua con un pedestal que sostiene el busto de Ignacio Pirovano. Y, apoyada en el pedestal, hay una matrona medio despechugada, obra del conocido escultor francés Drivier. Respecto a la cual dijo un paisano:

Yo al doctor Pirovano no lo conocí, pero lo que es la señora Cata está igualita.

La *señora Cata* era mi abuela Catalina Pirovano, bastante robusta por cierto.

* * *

Como buen pueblo de campaña. Pirovano tenía una calle principal que barría el viento y que, a veces, humedecía un carro regador tirado por caballos.

Estaba bordeada de plátanos podados sin misericordia. Había una iglesia de

estilo *Tudor* diseñada por el arquitecto Estanislao Pirovano, un edificio municipal de dudoso estilo moderno, el infaltable Club Social, el *Hotel Milani* donde paraba un ómnibus que venía de Bolívar (*El Campeón*). También estaba la fonda de Gabilondo. Párroco de Pirovano lo fue el Padre Luis Castells, esforzado catalán nacido en Vich, que también atendía las iglesias de Urdampilleta y de Linch, para lo cual se valía de un Ford A, negro, dos puertas, al que había bautizado *El Rayo*. Yo hice con él mi primera confesión. Lo sucedió el Padre Vila.

El almacén de Ramos Generales pertenecía a la firma Roteta y Tambonea.

El judío del pueblo se apellidaba Chamudis y tenía un mercadito.

Velazco era el peluquero y le decían *Peladilla* porque no tenía ni un pelo. Los talleres mecánicos eran, uno de Branca y otro de Garegnani.

Don Norberto Branca era hombre importante del pueblo. En un viaje que hizo a Italia se trajo una magnífica capa de paño, con botonadura de plata. Al ver la cual mi tío Rolo no tuvo mejor idea que decirle: *Qué buen capote de vigilante te has echado.*

Había una *Unidad Básica* peronista, rejida por las hermana Álvarez. Y yo iba al pueblo con revólver al cinto, sin que ello le llamara la atención a nadie.

Las estancias de la zona eran *El Deseado* de Campion, *San Sebastián*, de White, *El Tordillo* de Pereyra Iraola, *El Cariño* de Mario Mom, *El Casal*, de Arias Usandivaras, *San Joaquín*, de Repetto, *La Florida* de Lynch, *San Ignacio* de mi tía Mecha Pirovano, *La Celina* de Zuberbühler, *Bersèe* de Paul Hary, *Epú Lauquén*, de mi abuela Cata, y la ya citada *Cume Co*.

La Estancia de Lynch parece que fue teatro de la novela *Los Caranchos de la Florida*. Y era bastante siniestra pues, para conjurar la humedad, las paredes estaban pintadas de negro, con brea.

El otro pueblo con el que nos manejábamos desde *Huínca Hué* era Daireaux, partido de Caseros, estación siguiente a Pirovano rumbo a Bahía Blanca. Allí estaban los hermanos Subiza, mecánicos, la farmacia Comas, la bicicletería de *Chiquito* Acera, el local del fotógrafo Alí Yanom y la iglesia de la que fueron párrocos el Padre Torres y el Padre Köenig.

Papá compró *Huínca Hué* en 1935. Poco después estallaba la Guerra Civil

Española. Y festejaba los éxitos nacionales izando en casa la bandera rojo y gualda.

II

Huinca Hué quiere decir *Lugar de Cristianos*, nombre que le pusiera mi padre. Había sido parte de *Epú Lauquén*, estancia como dije de mi abuela Cata, pero que mi padre le compró a terceros, ya que Cata había tenido que vender *Epú Lauquén*. Mucho más adelante papá compró parte de la misma.

El origen de esos campos es el siguiente: poco después de la campaña de Roca en 1879, éste distribuyó campos entre sus oficiales. Pero don Ignacio no se benefició con ese reparto, sino que compró 40.000 hectáreas, contra el consejo de su suegro Álzaga, quien afirmaba que esos campos, recién ganados al desierto, no valían nada. Tal extensión se dividió en cuatro estancias de 10.000 hectáreas cada una, a saber: *Cume Co*, *La Celina*, que sería de Zuberbhüler, *San Ignacio*, de mi tía Mecha Pirovano de Rodríguez Pividal, y *Epú Lauquén*.

Papá pobló la fracción adquirida y edificó en ella una casa de estilo

inesperadamente moderno, inspirado en el Bauause alemán. Cerca de ella estaba la casa del capataz, que lo era don Francisco Centurión, arquetipo del criollo que me enseñó a montar. Y una torre que sustentaba el tanque de agua, donde papá tenía su escritorio y conservaba una calavera desenterrada en su otro campo, situado en las sierras de Lihué Calel, provincia de la Pampa. Que por entonces era Territorio Nacional. En el nicho donde estaba la calavera había una leyenda que decía: *Fui lo que eres, serás lo que soy*. Además, en el casco estaban los galpones, el rancho del quintero Valentín Carrera y una crotera de chapa, transportable.

También había una capilla, próxima a la casa. En ella se podían ver un par de columnas de mármol, una reja románica adosada a la puerta y, a los lados de ella, dos leones de piedra. En el suelo, una antigua lápida con letras góticas y la figura de un hacha.

Todos estos elementos antiguos, de piedra, los había comprado en Bretaña mi abuelo Aquiles Pirovano, despachándolos por barco.

El parque había sido diseñado con buen gusto por papá. En él lucían álamos plateados, aguaribays, pinos, algún ciprés. Una barrera de eucaliptus protegía

del viento pampero.

Provenía el agua de un molino y era elevada hasta el tanque que coronaba la torre en que papá tenía su escritorio. Más tarde, el molino fue reemplazado por una bomba fabricada por los hermanos Subiza.

A la bomba la impulsaba un motor Líster, igual al que suministraba electricidad al casco mediante un dínamo que la almacenaba en acumuladores.

Yo estaba encargado de apagar ese motor, que estaba en una pequeña usina próxima a la casa principal. Lo hacía bien entrada la noche, linterna y revólver en mano. Cierta vez, mientras procedía a apagar el motor, advertí con el sobresalto consiguiente que un rayo de luz me enfocaba desde atrás. Giré rápido y no había nadie. ¿Qué había pasado? Que mi propia linterna, colocada bajo el brazo, se había encendido apretada por éste.

* * *

Fiel a sus convicciones, Papá colocó una cruz de regular tamaño, hecha en cemento, como primer acto posesorio sobre el campo recién adquirido. Cuando cavaron el hoyo para colocarla, la pala chocó con algo duro. Que resultó ser una capa de tierra muy compacta. Supuso papá que correspondería al famoso *Camino de los Chilenos*, por el cual los indios llevaban a Chile la hacienda robada en sus malones.

* * *

Y ya que de indios estoy hablando, informaré que una de nuestras actividades favoritas era buscar rastros de ellos en los médanos de la zona. Habíamos adquirido práctica para hacerlo, centrando nuestra atención en las zonas del médano barridas por el viento hasta descubrir una superficie sólida. Así hallamos infinidad de puntas de flecha, boleadoras, raspadores y trozos de alfarería, decorados a veces con dibujos grabados a punzón. Lo curioso de estos restos de alfarería es que, correspondiendo muchas veces a pedazos de cacharros, cuencos y vasijas, se veían tiznados por el lado de adentro de su concavidad. Lo mismo ocurría con las cáscaras de huevo de avestruz, que comían los indios y aparecían en los *paraderos* correspondientes a tolderías desaparecidas.

Don Messone trabajaba en *Huinca Hué*. Cierta día venía del pueblo y se apeó en un médano para satisfacer una urgencia fisiológica. Y, cumplido el trámite, quiso borrar su huella como los gatos, echándole arena encima. Con lo que descubrió una magnífica punta de dardo, labrada en piedra rosada.

Durante bastante tiempo estuvo en *Huinca Hué* un indio araucano, llamado José María Santos Ocampo, ahijado de un oficial que participó en la conquista del desierto. José María era bajito, con piernas cambadas y usaba siempre boina colorada. Tenía a su cargo cuidar las gallinas. Pero, como metía en agua fría los huevos retirados a las chuecas, los pollitos que contenían perecían inexorablemente. No sé por qué hacía eso. Tal vez fuera para ahorrarse trabajo.

* * *

El caballo constituía el medio de locomoción habitual para los hermanos. El mío era un alazán de raza árabe al cual le había puesto *Sur* de nombre. Aunque mi hermano Luis Esteban, para hacerme rabiar, lo llamaba *Pimpollo*.

Varios de los hermanos salíamos por la tarde a cabalgar. Y, una vez, ya puesto el sol, se elevaba una gran luna sobre el horizonte. Fue cuando mi hermana Agnes exclamó:

¡Miren, la luna se ríe!

Y eso parecía, en efecto, porque la boca de la luna se prolongaba simulando una sonrisa. Todos miramos, viendo con sorpresa que ello era producido por una especie de cigarro que cruzaba lentamente ante la luna.

¿Era el perfil de un platillo volador?

Años más tarde tuve una experiencia aparentemente vinculada con un OVNI.

Había salido de casa para comprar una botella de whisky porque se había acabado y venía de visita nuestro amigo *Toto* Pan Peralta, a quien yo quería agasajar con un trago.

Subí al coche y tomé el Ramal de la Panamericana con dirección a Tigre.

Atardecía. Y, antes de llegar a cruce con José Ingenieros, ví con asombro que tenía ante mí dos lunas. Una se desplazaba lentamente de izquierda a derecha y se iba como vaciando, es decir transformándose en una figura anular que avanzaba sobre la otra luna, inmóvil.

Estacioné el coche para ver mejor el extraño espectáculo, bajé y vi cómo la luna de la izquierda se superponía a la otra, avanzando luego las dos hacia la derecha, hasta ocultarse tras un montecito próximo.

Conste que todo esto ocurrió *antes* de que comprara yo la botella de whisky.

Tras una explicación para el fenómeno, se me ocurrió que podía ser un reflector de Campo de Mayo, en un ejercicio antiaéreo. Pero el cielo estaba limpio y no había nubes en las cuales se pudiera reflejar el rayo de un reflector.

Al día siguiente, el diario informaba que los radares de Aeroparque habían detectado el suceso y que el paso del presunto OVNI también había sido registrado por los radares de aeropuertos de Entre Ríos y del sur de Brasil.

* * *

En un pasaje de estos recuerdos mencioné a Francisco Centurión, señalando que me enseñó a andar a caballo. Pero ahora le dedicaré más espacio pues fué una figura importante en la historia de *Huinca Hué*.

Don Francisco (jamás se nos hubiera ocurrido apearle el *don*) era un criollo arquetípico, flaco, de piel oscura, retintos el pelo y los bigotes. Había trabajado en *Epú Lauquén* antes de hacerlo para mi padre, en calidad de mayordomo. Buen jinete, tenía capacidad de mando, realizaba finos trabajos en tiento, tiraba bien con revólver y winchester. Su mujer se llamaba Ema y tenían varios hijos, El mayor era Pancho.

Cuando Papá construyó la casa de *Lihué Calel* se lo llevó a don Francisco, que ya no estaba con él, para dirigir la obra, en la cual trabajaba un grupo de

muchachos de Pirovano y Daireaux reclutados al efecto. Fue el último trabajo que don Francisco hizo para él, ya enfermo.

Mi tío Piro, hermano de Mamá, era buen jinete. Y participó de una jineteada que se llevó a cabo en Urdampilleta. Don Francisco actuaba como padrino. Montó Piro un potro y, en un momento dado, un corcovo lo desacomodó. Cosa que advirtió Francisco, quien se le arrimó, interponiendo su caballo entre Piro y el público, al tiempo que le decía:

Charquiá Piro que yo te tapo.

Charquear o *charquiar*, como seguramente sabrá el lector, es agarrarse a las crines del montado, recurso que se considera desdoroso.

Don Francisco murió en el hospital de Bolívar con los santos sacramentos. Enrique Ruiz Guiñazú (h), primo de Papá, publicó el 29 de septiembre de 1945 en el diario *El Pueblo* un artículo sobre él, que tituló *Ha Muerto un Hombre del Campo* y dice así:

Ha muerto hace poco. Nunca pudo llamársele hombre de campo porque jamás tuvo una hectárea. Pero era así, con sentido simple e inmenso de la pampa, un hombre del campo. Y se llamaba Francisco Centurión.

Creció como tantos, en un pueblo cualquiera de la provincia de Buenos Aires. A él le tocó el sudoeste, donde la llanura, fértil por arenosa, se aproxima a las ondulaciones que culminan en sierra allá por Curu Malal, Pillahuincó y la Ventana. Siempre vivió en la pobreza, sin más horizonte que el horizonte mismo, sin más enredo espiritual que el respeto al cielo y el apego a la huella y a la tropilla. De un año en otro se hizo diestro, más diestro que muchos, porque nació bien dotado para la faena ligada a la naturaleza y porque sabía desenvolverse mejor que los otros.

Vio en derredor más de lo corriente, pues era observador agudo, recorrió cientos de leguas y frecuentó cientos de transeúntes en esa conjunción de pampa civilizada y agreste. Todo lo retenía y todo lo aprovechaba en su experiencia, acumulada juiciosamente en medio de una sobriedad digna, sólo alterada por la curiosidad concentrada, por la guapeza brillante de sus ojos retintos. Y así, en medio de la vida que corría, conoció malos semejantes y tuvo buenos patrones que se fueron sucediendo.

Era ya cuarentón cuando se unió al último de ellos, afortunadamente de la zona a la que estaba más apegado. Y resultó su mejor amigo. Joven y empeñado en comenzar una obra rural desde el primer esfuerzo, el propietario puso en juego su energía y dejó el futuro en manos de Dios. Dios lo probó y lo premió en diez años. Hoy crece una estancia donde sólo había unos potreros y siete hijos se hacen fuertes donde llegó aquel hombre joven recién casado.

Centurión tenía fe. Era dueño de creencias amplias y vagas, pero muy primitivas. ; y su buena estructura moral contribuyó a que no se descaminara, a que su disposición fuera siempre buena para recibir la gracia de una instrucción

religiosa más completa. En la tarea permanente al lado del nuevo patrón, mientras se construía una casa, se plantaban árboles y se tiraban alambrados, hubo ese contacto solidario que une a los hombres orientados en la misma empresa. En la hora del ángelus y en la hora del mate, el fervor expansivo del amo conquistó al servidor, tal vez sorprendido al comienzo, pleno él mismo de piedad más adelante.

Año tras año hicieron definitiva esa amistad, que nunca se empañó en las jerarquías y que se fortaleció en alegrías y sinsabores intensos. Cada uno en su sendero, cada uno pronto a compartir la suerte común vivieron un afecto leal y conscientes de Dios, el jefe que dirigía y velaba por el bienestar de todo lo cercano al subordinado, y el hombre que retribuía esa amistad con esfuerzo diario.

Ambos han repetido al unísono la misma oración. Ambos sentían por igual la angustia de una sequía prolongada y el alborozo de pariciones múltiples. Ambos ligaban desde lo íntimo la súplica vehemente o una acción de gracias. Ambos, cada noche con los suyos, en la ermita de la estancia, recitaban piadosamente el rosario.

Hace pocos años, dos tal vez, el patrón tuvo que enviar a Centurión para dirigir otra obra semejante en La Pampa. Era más difícil y más lejana. Con la misma devoción y con la misma amistad se cumplió el proyecto, hoy terminado. Pero algún descuido en una vieja lesión, se tradujo para ese subordinado fiel en una reagravación. El estanciero, solícito, hizo lo que pudo. Lo llevó al pueblo más grande, para que se lo atendiera mejor. Fue inútil. Con visión de la muerte, con serenidad extraordinaria, recibió los sacramentos reiteradamente; y en medio de su invocación silenciosa a Nuestra Señora de las Pampas, llegó la hora final para Francisco Centurión.

Así murió hace poco un hombre del campo.

* * *

Hermanastro de Don Francisco era Pedro Rodolfo. No se le parecía en nada. Era gordo y bromista. Camionero, cumplía regularmente el recorrido Daireaux-Bahía Blanca y Bahía Blanca-Daireaux en un camión Ford. Estaba casado con Etelvina, cuyo padre había sido un hombre de armas tomar conocido como *El Tigre de los Cañadones*.

Una vez, viajando por la ruta a la par de las vías del tren, vio que un linyera lo hacía sobre un vagón de carga. Sacó el revólver y le apuntó. El linyera se escondió tras la carga del vagón. Cuando volvió a aparecer, le volvió a apuntar y el croto se volvió a esconder. Repetido el juego varias veces, el hombre agitó un trapo blanco en señal de rendición.

Las vías del Ferrocarril Sud pasaban por el fondo de *Epú Lauquén* y debían superar un pequeño desnivel. Pedro no tuvo mejor idea que enjabonarlas y esperar la llegada del tren escondido entre las cortaderas. Llegó éste y empezó a patinar, sin lograr avanzar mientras Pedro se partía de risa.

Alguna vez fue a *Lihué Calel*, llevando materiales de construcción en su camión. Cierta noche, durmiendo al raso, tuvo una necesidad y marchó hasta cerca de un grupo de jarillas para satisfacerla. En eso estaba cuando apareció un vizcachón que le pegó un gran susto.

Yo solía ir a lo de Pedro, pues era amigo de Adolfo, su hijo. Llevaba mi carabina 22, marca *La Francotte*, pues en el montecito de sauces que estaba junto a la casa había muchísimas palomas torcazas. Un día le tiré a una y, para mi sorpresa, cayeron tres.

* * *

Mi otro amigo era Renecito Massaux. Hijo de don René y de Erna Hagen. René padre había participado en la guerra del 14, lo tomaron preso los alemanes y en ocasión de ello conoció a la que sería su mujer. Se casaron, vinieron a la Argentina y trabajó en la estancia *La Raquel*, de Del Carril. Después compró una chacra vecina al pueblo de Pirovano, donde se dedicó a la biología vegetal, creando algún tipo de maíz y varios de trigo.

Massaux había sido campeón universitario de boxeo en su ciudad natal de Namur, Bélgica. Y alguna vez invitó a su casa de Pirovano al entonces campeón peso pesado argentino, Victorio Campolo.

Don René se hizo muy amigo de papá, pese a que durante la 2a. Guerra era aliadófilo y Papá germanófilo. Nosotros íbamos a su casa los viernes por la tarde para merendar. Doña Erna hacía unas masitas deliciosas. Y recuerdo como algo raro que Massaux tenía un ventilador de pié que funcionaba a kerosén.

* * *

En una oportunidad obtuvimos permiso para pasar unos días en *Lihué Calel* Renecito, Adolfo y yo. Viajamos en el Chevrolet 39, negro, de los Massaux. Y allí concurrimos a una yerra que había en las proximidades. Renecito pialaba bien y entró al corral para hacerlo. Se descuidó y pasó cerca de un caballo que le dió una patada rompiéndole la rótula.

Marchamos a Santa Rosa, manejando yo aunque todavía no tenía registro de conductor. Lo operaron a Renecito y, con Adolfo, nos alojamos en un modesto hotel, donde las habitaciones daban a una galería que rodeaba un gran patio. Nos la pasábamos jugando al *chín-chón*. Y nos entreteníamos, Adolfo y yo, viendo como el corredor local de Turismo de Carretera, Ignacio Álvarez Beramendi, preparaba su cupé Ford.

Renecito quedó bien de su rodilla, de modo que más tarde pudo volver a jugar de back en el equipo *Colorados* de *Huinca Hué*.

* * *

Aquellos partidos eran divertidísimos y se prolongaron muchos años, hasta que yo me fui a Buenos Aires para estudiar Derecho.

Por sugerencia de Papá, los vecinos crearon el *Club Atlético Huinca Hué*, que hasta contó con talonarios para pagar las cuotas mensuales que, pronto, pasaron al olvido. Tenía su cancha en el parque de la estancia.

Los partidos se concertaban muy formalmente, con cartas cuidadosamente redactadas, y se jugaba contra equipos de pueblos y estancias vecinas. El equipo de Pirovano era *Pirovano Juniors*, los de Daireaux *Bull Dog*, *Villa Guglieri* y *Cal y Grasa*.

Los partidos se jugaban los sábados por la tarde, nuestros rivales llegaban en camión y Papá se hacía cargo del chocolate que se tomaba después de los encuentros.

Yo empecé siendo capitán del equipo de segunda pero, como no nos organizaban partidos, desafiamos al de primera. Reforcé el mío con la participación de Ricardo Bonvini, atleta que había participado en los Juegos Panamericanos. Y ganamos por 1 a 0. Noticia que hice publicar en el diario de Daireaux, *En Marcha*.

A partir de entonces pasamos a ser el equipo de primera.

El equipo de primera tenía la camiseta de Boca y el de segunda la de River.

Pero, cuando la segunda pasó a ser primera, conservó la de Ríver.

Algunos jugadores de esa época fueron mis hermanos Luis Bernardo y Luis Esteban, *Rulo Gergo*, los Paredes, *Blanca Nieves* (porque era retinto), Rosales, Cordero, Rubito, Conde, Solbach, *El Negro Cañuelo*...

* * *

¿Cómo era la vida en *Huinca Hué*? Por lo pronto, no empezaba nada temprano. Porque nos levantábamos cuando lo hacía Papá y Papá se levantaba bastante tarde, pues trasnochaba oyendo noticias por radio y fumando su pipa. Primero con tabaco *Dunhill*, después, cuando no fue posible importarlo, con tabaco nacional *Pullman*. A veces los chicos nos quedábamos hasta más tarde, oyendo piezas de teatro que transmitía *Radio Colonia*. Casi siempre las representaba el uruguayo Paquito Bustos y eran, entre otras, *Cristóbal Colón en la Facultad de Medicina* y *En la casa de Quirós un Susto Vale por Dos*.

Desayunábamos todos juntos en un comedor donde lucía una tapicería buena,

una imagen de la Virgen tallada por el tío Rolo en el tronco de un roble de *Cume Co* y un mueble con estantes que sostenían un juego de te, en porcelana de Sevres o de Saxe.

Papá presidía en una cabecera y a su derecha se sentaba Mamá. Junto a quien la mucama ponía sopera y fuentes, de donde ella servía los platos de cada uno.

Luis Esteban hacía indiadas, como meter el dedo en la sopa de su vecino cuando los mayores no miraban.

Se comía carne de oveja. Para la hora del té Mamá hacía de vez en cuando *scones* o algún Pan Dulce formidable.

Y se conversaba bastante, desarrollando Papá temas instructivos.

Durante la mañana Mamá nos daba clase. Yo oía y dibujaba mientras lo hacía. Así ocurrió hasta que llegué a 5º Grado y empecé a dar exámenes como libre en el Colegio Del Salvador. Antes, nos examinaban de manera benévola en la escuela rural de *Epú Lauquén*. Solíamos ir a Pirovano para que nos dieran clases Leonor y Nereida Lozano. Un hermano de ellas, Roberto, era aviador. Y ganó un Gran Premio de Turismo de Carretera corriendo con Ford. Había

diluviado y las rutas eran un barrial. Fue el único corredor que llegó a la meta. Con motivo de alguna celebración lugareña sobrevoló el pueblo tirando banderitas celestes y blancas.

En el colegio *Del Salvador* daba exámen como *libre*. También lo hacían muchachos llegados de otras partes del país. Recuerdo al patagónico Claus Donalt, a Alex Cugushev y al uruguayo Jorge Garabatos. Éramos una especie de Legión Extranjera. De los profesores recuerdo a Zotta, a Hermida, a Tucchi. Y al Padre Ferreyra, *El Mocho*, que me consiguió mi primer trabajo en *Celulosa Argentina*.

Un exámen digno de ser recordado fue el de latín. Yo no sabía que en el colegio aprobar latín era obligatorio. Resolví no dar ese examen en aquella tanda. Pero Mamá, siempre optimista, me impulsó a hacerlo. Comparecí para la prueba escrita en la cual había que declinar algún verbo. Como no lo sabía, escribí con una letra espantosamente confusa, en especial el final de las palabras que es donde está la clave en latín. Entregué la hoja y me fui.

Al día siguiente quise aprovechar para dormir hasta tarde, convencido de que me habían bochado como era natural. Sin embargo, Mamá insistió. Me obligó

a averiguar la nota y, cuando entraba al aula respectiva, oí que me llamaban: *¡Gallardo!*

Sorprendentemente había aprobado el escrito. Ahora tocaba el oral. Me hicieron abrir el libro de texto y traducir una lectura. Lo hice con gran facilidad pues yo había escrito la traducción entre los renglones. Total, que aprobé latín. Seguramente por obra y gracia de mi madre, que rezaba para que lo lograra y hacía encender una vela frente a la imagen de la Virgen en la iglesia del colegio.

Yo tenía un trajecito marrón con pantalones cortos, que usaba muy excepcionalmente, cuando iba a la ciudad. Como tenía gastados los fundillos, le habían pegado con engrudo, por dentro, un pedazo de cartón.

* * *

En *Huinca Hué* la siesta era de rigor. Yo aprovechaba para leer, dejando entreabierto un postigo del cuarto.

III

Interrumpiré estos recuerdos de *Huinca Hué* para ocuparme de *Santa María de Lihué Calel*, el otro campo que tenía Papá, en La Pampa, donde veraneaba la familia en vez de hacerlo en Mar del Plata o Punta del Este como es más o menos habitual.

Papá había descubierto la existencia de las sierras de *Lihué Calel* a través de sus lecturas de partes enviados por comandantes del Ejército de Línea cuando la Conquista del Desierto. Que lo mencionaban como un lugar casi paradisíaco en medio del *Uecubú Mapú*, o sea de la interminable travesía de monte achaparrado -jarilla, alpataco, chañares- que lo rodeaba.

Y un día decidió conocer el lugar. Se hizo acompañar por el capataz de *Huinca Hué*, Francisco Larroque, el mecánico de Pirovano, Eduardo Macchi, y de don Gaspar Cañuelo, vecino lindero de *Huinca Hué*.

Papá se proveyó de brújula, winchester, revólver, bidones de nafta y de agua, partiendo hacia la aventura en su Ford 1940, sedan, azul. Sin haber mirado antes un mapa, en el cual habría advertido que ese lugar eventualmente inaccesible se hallaba a 25 leguas de General Acha, al costado de la ruta 152.

Un poco más allá estaba el pueblo de Puelches, sobre el río Curacó.

Al acercarse a las sierra tuvo una decepción, pues parecían tan sólo unas elevaciones rocosas, que se elevaban sobre un panorama tan árido como el desierto circundante.

Recaló en el puesto caminero que estaba al pie de las sierras, a cargo de Andrónico Molina y su mujer Nieves.

Pero, en cuanto se internó en las sierras, la cosa cambió. Pues advirtió que allí corrían arroyos estacionales, abundaban los caldenes y los *Sombras de Toro*, alguno de los cerros alcanzaban una altura importante.

También halló un cementerio de los indios. Donde le ocurrió algo curioso: al desenterrar un cráneo, lo deslumbró una luz que partió de la copa de un caldén próximo. Más tarde, reflexionando sobre el caso, concluyó en que podría haberse tratado de un *Árbol del Gualicho*, donde los indios colgaban ofrendas consistentes en lanas de colores, ristras de cuentas y algún espejitos. Quizá, se dijo, uno de esos espejitos reflejó el sol cuando desenterraba la

calavera. Al regresar, llevándola, se cruzó con una vieja que se escandalizó ante la profanación.

Papá había recibido un dinero, con motivo de haberse vendido cierto terreno adquirido por su padre cerca del Puente de la Noria. De modo que resolvió comprar las sierras. Pero, antes, la llevó a Mamá para que conociera el lugar y aprobara la compra. Yo fui en ese viaje, que se realizó a principios de los 40.

Como dije, el puesto caminero de Molina se apoyaba en un flanco de las sierra. Donde, desde abajo, se veía una gruta. No bien llegar yo trepé hasta la gruta, hallando en ella un puñado de cuentas de collar, blancas y celestes.

Mamá aprobó la compra y Papá la concretó en 1943, adquiriendo 2.500 hectáreas, que correspondían a la mitad de las sierras. La otra mitad, donde se hallaban los cerros más altos, eran de un tal Pérez Martínez, creo, y no estaba en venta.

Cerca del cementerio de indios Papá construyó una casa. En forma de fortaleza, con almenas, gran patio central y capilla coronada con una cruz de madera. Era de adobe con zócalo de piedras del lugar. Parte de la galería

estaba cerrada por la reja del boliche de Cura Co. En la misma se veía la huella de algunas cuchilladas.

Para edificar la casa Papá tuvo que llevar peones de Pirovano, que Don Francisco dirigió.

Y cerca de donde se levantaba la casa estaba el Cerro de la Fortaleza. Era un cerrito retacón en cuya cima aparecía una gran piedra, flanqueada por dos más chica y rodeadas todas por una pirca.

Se decía que bajo esas piedras había objetos de plata escondidos por los jesuitas. Cosa que parece se comprobó al remover las piedras más chicas. Como la más grande no era fácil de remover, los que intentaron hacerlo -unos chilenos- marcharon a General Acha para comprar dinamita. Pero, antes de regresar, uno se murió y el otro se volvió loco. Por lo cual la piedra sigue allí. Dicen que una luz baja del cerrito, surgiendo de la gran piedra.

En *Lihué Calel* encontrábamos muchas cosas de indios. Entre ellas, Gauna, el encargado, halló una pipa de piedra, con un relieve romboidal en torno a la

cazoleta.

Aparecían también cartuchos del *Remington* de Línea y botones de bronce con el escudo nacional.

En un valle había un grupo de *Sombras de Toro* y encajados en sus horquetas cajoncitos desvencijados con huesos de niños. Por eso el lugar era conocido como *Valle de los Angelitos*.

Otro esqueleto de un chico estaba bajo una piedra en la subida del *Cerro Alto*.

Lihué Calel resultó el último refugio de los araucanos y fue defendido por los caciques Agner y Gernal ante la embestida de los soldados argentinos, bajo las órdenes del coronel Levalle. La batalla final se dio en el hoy denominado *Salitral Levalle*, donde el salitre ha preservado de la corrupción el cadáver de los caídos. Entre ellos el de un cacique, cubierto por un poncho oscuro con grandes lunares blancos.

En *Lihué Calel* hallamos un resalto de piedra en cuya oquedades hay figuras pintadas por los indios en rojo y negro. En ese mismo valle, que llamábamos *De las Flechas*, si uno lo remontaba le caían piedritas que no se sabe de dónde venían.

Recuerdo que una tarde, subiendo por ese valle hasta la punta de un cerro, vi venir una tormenta imponente, que llegaba del poniente entre rayos y truenos, levantando polvo el frente de ella. La esperé hasta último momento y después volví corriendo a casa, perseguido por las primeras gotas.

A la izquierda de la ruta, como quien viene de General Acha, hay una lomita y en ella había una gruta llamada *La Salamanca*, donde parece que se reunían los diablos para dar cuenta a Satanás de sus fechorías. La entrada era estrecha y había que entrar arrastrándose y con linterna. A poco de entrar había un pozo, del otro lado del cual nacían unas galerías. Nadie puedo llegar al fondo de *La Salamanca*. Hoy la entrada se ha derrumbado y ya no se puede acceder a la cueva.

Cuenta Estanislao Zeballos, uno de los primeros cristianos que llegó a *Lihué Calel*, que allí existían unos cuantos árboles de durazno, seguramente

planatados por los jesuitas. Yo alcancé a ver algunos de ellos, ya secos pero todavía en pié. Y nada se sabe con certeza respecto a la posible estadía de los jesuitas en las sierras que, de todos modos, se da por cierta.

En las sobremesas nocturnas, Pedro Nolasco Gauna solía contar cuentos de ánimas y de aparecidos, que a nosotros nos encantaban pero, a la vez, nos aterraban. De modo que al dirigirme a mi cuarto, al cruzar el gran patio en tinieblas, volvía la cabeza para mirar sobre el hombro si me seguía algún espectro.

Siguen algunas de las historias que contaba Gauna.

Cerca de las minas abandonadas de Mineral de la Pampa había una tranquera clausurada. Y estaba clausurada porque, si alguien pretendía franquearla, se le aparecía un hombre petizo, con un sombrero aludo que le ocultaba la cara e impedía hacerlo, sacando el facón para confirmar su decisión. Alguien pretendió, no obstante, pasar por la tranquera. Y se le apareció el petizo del sombrero aludo, con un puñal en la diestra. Tuvieron una larga pelea y, cada vez que se le acertaba al petizo un puñalada, se oía un sonido como de cuero seco y se olía cierto olor a azufre. Después de un largo rato de pelea, el petizo desapareció de golpe. Su contendiente montó a caballo y llorando, con la cara sobre el tuse de su pingo, llegó por fin a destino. Completamente trastornado lo internaron en una clínica psiquiátrica de Bahía Blanco. Cuando alguien acudió al lugar de la pelea, pudo verificar que allí sólo se veían los rastros de éste.

Mineral de la Pampa es un lugar horrible, antigua mina de cobre, con profundos pozos donde fueron arrojadas las maquinarias cuando se abandonó la explotación. Las piedras del lugar, además del verde del cobre, muestran chispitas doradas que parecen oro.

Otra:

En un lugar de La Pampa había un tajamar. Dos muchachos que trabajaban allí cerca resolvieron ir a nadar un rato. Uno se acalabró y el otro, al tratar de auxiliarlo, se enredó con él y los dos se ahogaron. A partir de entonces, en el albergue en que vivían ambos empezaron a caer grandes pedazos de tosca, igual a la que aparecía en el tajamar, que, sin perforarlo, atravesaban el techo de chapa del albergue haciéndose pedazos. Advertido el famoso Padre Buodo, salesiano, acudió allí, bendijo el lugar y el fenómeno cesó.

Otro más, esta vez contado por Pedro Rodolfo:

Algunos obreros trabajaban no lejos de las sierras y observaron una luz que salía de allá cerca y se perdía en un montecito de duraznos. Sabiendo que donde se pierde una luz suele haber plata, una noche se dirigieron al montecito y comprobaron que una luz verdosa, como la de un despertador, surgía del piso y

se reflejaba en la copa de los árboles. Uno de ellos sacó el cuchillo y lo clavó en el suelo, allí donde surgía la luz. Volvieron al día siguiente provistos de una pala, cavaron, y encontraron un gran crucifijo de plata. Que desenterraron y donaron al Hospital de Guaminí, donde habían atendido muy bien a uno de ellos.

Otra de Gauna:

Unos cuantos operarios trabajaban en un lugar no lejano de Lihué Calel. Al advertir que una luz se aparecía allí cerca, cavaron en el lugar donde aparecía y encontraron unos estribos de plata. Cuando se aprestaban a tomarlos, se hizo oír una voz cavernosa que dijo:

No agarre lo que no es suyo.

Los operarios salieron corriendo.

Y una historia más, que contó mi tío Ricardo Zuberbühler cierta tarde, tomando el té en *Huinca Hué*:

Administraba él una estancia de la familia, próxima a la localidad de Doblás, en La Pampa. El campo se llama El Puma. Es muy grande, con extensas caldenadas y un puesto algo alejado del casco. Un buen día, el puestero avisó que se iba, que le arreglaran las cuentas. Extrañado, el capataz, que se llamaba Chávez, insistió en preguntarle el motivo pero el hombre no lo contó. Y se

conchabó en otro campo, allí cerca, ganando menos. Enterado Ricardo lo fue a ver e insistió respecto a que le hiciera saber el motivo de su actitud. Que terminó por confesarle que se había ido porque una luz que aparecía de noche le hacía la vida imposible. Se trataba de una luz grande, como una bola de fuego, que se presentaba con cualquier tiempo, seco o lluvioso, con viento o sin él, a ras de tierra o rebotando en la copa de los caldenes. Y determinaba que los perros ladraran como locos, que los caballos se espantaran, llegando el nochero a cortar el cabestro para disparar.

Ricardo no se tomó en serio el relato, pero le encargó al mayordomo, un tal Chávez que averiguara de qué se trataba. Al volver a El Puma, en uno de sus viajes periódicos, le preguntó a Chávez qué había averiguado. Y éste le dijo que todo era cierto y que ningún puestero aguantaba más de una noche en el puesto. Que un paraguayo guapetón se había hecho cargo del puesto pero sólo había durado una noche: lo despertó el barullo de los perros, salió y topó con la luz. Se encerró de nuevo, prendió una vela a una imagen de la Virgen que tenía y se mandó mudar.

Explicó Chávez que le había encargado a un pocero alemán de su relación que investigara el caso y éste, después de hacerlo, le dijo que todo era cierto. Que había pensado que podía tratarse de unos grandes murciélagos luminosos que hay en Alemania pero debió descartar la hipótesis.

Todo esto se lo explicó Chávez a Ricardo cuando regresaban de El Puma en auto. Ricardo le dijo:

-Pero ché, parece mentira. Un hombre instruido como vos creyendo esas cosas.

Era de noche y, en eso, Chávez dice:

-Señor, allí está la luz.

Efectivamente, en un camino transversal se veía a lo lejos una luz.

-Vamos a ver- dijo Ricardo.

Y dirigió el auto hacia la luz. Miró el cuentakilómetros y, luego de recorrer unos mil metros, llegó hasta ella. Era, realmente, como una bola de fuego, de aproximadamente un metro de diámetro, que estaba al borde del camino. de luminosidad más intensa que la de los faros del coche. Frenó y la luz se desplazó lentamente, cruzando el camino, hasta detenerse al otro costado del mismo y empezar a elevarse hasta extinguirse.

Ricardo le comentó a Chávez:

¡Qué cara tenés!

Chávez, respetuosamente, le contestó:

El señor no se vé la suya.

Desistieron de viajar esa noche y volvieron a *El Puma*. Al día siguiente, regresaron al lugar de los hechos y sólo hallaron allí sus propias huellas y las del coche.

Enterado mi padre del asunto, llegó a la conclusión de que se trataba del alma de algún difunto que pedía sufragios de esa manera. De modo que encargó en los salesianos de General Acha que celebraran unas misas por el eterno descanso de esa alma. La luz dejó de aparecer.

* * *

Y ya que estoy contando historias estremecedoras, agregaré algunas que nada tienen que ver con Gauna, Huinca Hué ni Lihué Calel.

Marica Rosa de Shindler, la abuela de Mariquita, mi primera mujer (yo soy viudo y vuelto a casar) viajaba en auto por Francia con algún pariente y chauffeur.

Al llegar a un pueblito en los Alpes, resolvieron conocer la iglesia. Bajaron y vieron que en ella había un túmulo cubierto por un paño negro. Se asustaron un poco y salieron rápidamente. Pero advirtieron en seguida que su temor no tenía sentido y volvieron a entrar. El túmulo había desaparecido. Al llegar a París se enteraron de que la madre de Marica había muerto a esa hora en Buenos Aires.

Otra:

Esta la contó un diplomático amigo de Arturo Ossorio Arana, cuñado mío.

Dos amigos estaba de farras en un cabaret, hablando de temas trascendentes. Y tocaron el tema de que exista o no un más allá. E hicieron un pacto: el primero de ellos que se muriera, comunicaría al otro la existencia de otra vida. ¿Cómo?

Así. Y uno de ellas golpeó con un cuchillo el vaso en que estaban bebiendo champagne: Plin.

Pasaron los años. Y cierta noche uno de los amigos estaba cenando, en Montevideo. Era, como corresponde en estos casos, una noche tormentosa y desapacible. En un intervalo de silencio se oyó, nítido, un sonido de metal chocando contra el vaso de cristal. Plin. Y uno de los comensales se demudó y dijo:

Fulanito ha muerto y existe un más allá.

Al día siguiente confirmarían la muerte del amigo.

* * *

Las sobremesas que nos ocupan concluían cuando Gauna decía, poniéndose de pie y colocando cada mano sobre la axila opuesta:

Vea Don Luis, la reunión está muy linda pero mañana tengo que recordarme temprano.

Por lo general Gauna tenía que ir al día siguiente *al Once de Arraraz*.

* * *

Detrás del cerro más próximo a la ruta hay un pequeño valle y en ese valle un grupo de chañares. El lugar es conocido como *La Estafeta*, seguramente porque allí dejarían la correspondencia para los pocos pobladores de la zona. En medio del grupo de chañares subsisten las ruinas de un rancho de barro que alguna vez tuvo techo de paja. Allí vivió Sofía Orozco.

Sofía Orozco vivía sola, tenía una pequeña tropilla de bayos, vestía como varón, era una mujer esbelta. En el cementerio contiguo al boliche de *Agua Blanca*, cercano a las sierras, hay una tumba con una cruz de fierro y un corazón de zinc donde se lee:

Aquí yace Sofía Orozco, Zenón Ramallo le dedica este humilde recuerdo.

* * *

Cerca de las sierras hay un cerro aislado, conocido como *Del Bagual*. Y, según

nos dijeron, en sus proximidades, entre el fachinal, se conservan numerosos peines con balas de *Remington*, apilados.

A *Santa María de Lihué Calel* nos la expropiaron y hoy es Parque Nacional.

Gestioné yo, por medio del doctor Ozino Caligaris de Santa Rosa, un aumento en la indemnización, que logramos. Con ese dinero Papá compró otro campo en *Las Sierras Chatas*, donde volvió a edificar otra casa, también en forma de fortaleza. Observada la misma desde un helicóptero por Sylvester Stallone, que estaba buscando campos para comprar en lugares insólitos, le ofreció una suma astronómica a mi hermana María de Jesús, su actual propietaria, pero mi hermana no quiso vender. De lo bien que hizo.

* * *

En *La Nación* del 8 de agosto de 1943, Papá publicó un artículo titulado *Lihué Calel*. Lo copio:

Era en verdad como si los viera pasar. Incansables aunque exhaustos, barbudos, cargando mosquetones o tizonas heredadas, , bajo el relámpago acerado de las bruñidas alabardas, simples porque héroes, iban los conquistadores a través de América, conscientes de ser Cruz y de ser España. Tarde a tarde, una voz querida me leía crónicas de entonces. Mi imaginación de chico se poblaba de imágenes: frailes hirsutos de mirar sereno y crucifijo gastado, capitanes audaces, segundones altivos. Aquellas lecturas me hicieron conocer la fascinadora historia de la Ciudad de los Césares. Me enteré con asombro del mito de la población de blancos en un lugar inaccesible de las pampas: casas de oro y de plata, callejuelas de esmeraldas, topacios y zafiros. Murieron muchos valientes en su búsqueda.

* * *

Sucedieron los años. El misterio del reino de Trapalanda fue mi refugio en el tedio de la vida de colegio. Mientras llenaban el pizarrón de fórmulas inútiles, yo borroneaba cuartillas plagadas de enmiendas:

Serena y majestuosa en medio de la pampa

una ciudad se levanta

que tiempo ha fue gloriosa...

y la mediocre composición proseguía en desmedro de las clasificaciones.

* * *

Más tarde, el despertar de sentimentales sueños no impidió que escribiera un inconcluso relato. Mereció los honores de aparecer, con ilustraciones, en una revista y se llamaba, naturalmente, La Ciudad de los Césares.

* * *

Pasó la mocedad. Con el hogar y los hijos llegó la vida en serio, en que los sueños parecen vedados. Pero, entre brumas, seguía viva en mí la leyenda.

* * *

Me llamó la tierra, que es verdad de Dios. En la solemne llanura levanté mi casa, a la vera de la multiseccular rastrillada de las Salinas Grandes. Erigí una cruz, como los de España, para tomar posesión del campo. Al enclavarla, mordía afanosa la pala tierra compacta, endurecida por el pisoteo de millones de cascos y pezuñas antes que éste fuera un lugar de cristianos.

* * *

Entre las hileras sin fin de la simiente que nace, hallé en los médanos los punzones agudos y los filosos raspadores de sílex, los pedernales y las flechas. Alguna alfarería pobremente labrada. Eran los vestigios del salvaje que fue señor hasta ayer, cuya existencia ni sospechaba el chacarero que hoy rotura los campos. El arado centelleante arrancó de los bañados resechos maravillosas boleadoras. Las vi alineando con esmero en los estantes de la biblioteca. Las había de un oscuro rojo porfírico estupendo.

A través de las tierras parceladas, maraña de los alambrados con púas y tejidos, algo me decía estar siguiendo la vieja ruta de los conquistadores, víctimas del hechizo de la Ciudad de los Césares.

* * *

Me fue necesario desentrañar la historia del paisaje para comprenderlo. En la quietud de interminables veladas, conocí la argentina gesta de nuestra ignorada guerra de frontera. ¡Qué grande fueron Winter, Racedo, Uriburu, Villegas, Levalle, Freyre y sus soldados gauchos que morían sin reproches ni quejidos! Maravillosa visión de "dolmans" y quepís, de sables y galones, de peras y mostachos, polvaredas de cargas entre cortaderas y lagunas azules. Veteranos aguerridos que sabían mucho de patria, de coraje y privaciones y nada de administración y de confort.

* * *

La sobriedad de los partes se reservaba para lo heroico. En vez eran minuciosas las descripciones de los suelos recorridos. Calidad de los pastos, ubicación de las aguadas, extensión de los salitrales, peligro de las tierras guadalosas, altura de los médanos, frondosidad de las caldenadas. Un lugar recóndito concentró mi curiosidad: las Sierras de Lihué Calel. Era allí donde se reponían las caballadas exhaustas, entre gramillales de metro y medio de alto. Allí había siempre aguas cristalinas. Sobraba leña. Era aquél el punto el punto de enlace de las patrullas heroicas en guerra perpetua, y era allí donde resistían tenaces las indíadas, mientras los próceres porteños, de oratoria fácil, abordaban temas universales, ajenos a esa inmediata y amenazante realidad nacional. Lo que defendía allí el salvaje era su mejor invernada y la sabia conjunción de las rastrilladas al Casuatí y la Cabeza de Buey. Lihué Calel significa lugar de la vida. Pero, ¿por qué?

* * *

Busqué mapas y planos. ¿Cómo podía llamarse "lugar de la vida", enclavado como estaba en pleno Huecubú Mapú, País del Diablo? Era una sierra de granito porfírico rojo, muy próxima al gran Lago de las Brumas. Brumas, granito rojo ¿qué impulso me atraía tan lejos?

* * *

Llegó a mis manos el "Viaje al País de los Araucanos", de Estanislao Zeballos. Imaginación y vehemencia. Romanticismo erudito de fin de siglo con ribetes científicos. Simpatía y "dandysmo" durmiendo al raso sobre un recado. Un capítulo del libro se llama Lihué Calel. Habla de valles fértiles y arroyos, de helechos y claveles del aire, de bosques y minerales. Dice que es un lugar de vida en medio del terrible desierto que diezmaba las tropillas. Y cuenta un misterio sorprendente: el de los grandes árboles de durazno. ¿Llevados por quién?

* * *

Corría el siglo XVI. Sublevados los araucanos, el capitán Villagra recibió de Valdivia la orden de llegar al Atlántico desde Chile. Siguió el curso del Diamante, el del Chadileuvú y desembocó en la laguna Urrelavquen, temporariamente sin salida. Se refugió entonces en las próximas sierras de Lihué Calel, único lugar de vida. Sobraban el agua, la caza y la leña. En continua lucha con el indio, vivió allí muchos años con sus compañeros de expedición. Finalmente huyeron y sólo él llegó con vida de regreso a Chile. En las sierras quedaron las huellas de su paso. En el peñasco más alto grabaron una cruz; construyeron casas con piedras chispeantes veteadas de filones de oro

y cobre, y los duraznos que plantaron se hicieron añosos y se multiplicaron por los valles.

* * *

No tardaron los indios en contar el prodigio a los soldados y cautivos cristianos. El oro que ávidamente buscaban brillaba en las paredes de una población de blancos en inaccesible lugar, entre las brumas. Se magnificó la confianza. La población fue ciudad, las chispas de oro se mezclaron con piedras reciosas. Los blancos dominadores fueron césares. Y así como denominamos al rumbo sudoeste pampero, los indios decían que el viento soplaba del lado de los duraznos.

* * *

Sin planteármeme siquiera la posibilidad de discutirlo con eruditos, acepté la versión. Allí estaba la clave de mi secreto. Faltaba ubicar el lugar en alguna de las actuales divisiones administrativas. ¿Serían aún fiscales aquellas tierras? Lo indagué en la correspondiente oficina pública. En nota, que conservo, se me respondió que Lihué Calel era para dicha dependencia un lugar desconocido del que jamás se oyó hablar. Y al terminar de teclear en la máquina esta enormidad, se habrá apagado otro cigarrillo en la vacía taza de café de nuestra burocracia. ¡Y pensar que habrá capitales de Europa donde figurarán muestras perfectamente clasificadas del metal nativo que aflora en Lihué Calel!

* * *

Completados los preparativos un tanto tartarinescos, me lancé a la gran aventura de redescubrir Lihué Calel. Había previsto hasta la posibilidad de abrir picadas y estaba inquieto de que se extraviara la brújula.

Pero mi arsenal de expedicionario resultó inútil. No tuve que cambiar ni un neumático. De General Acha seguí por la soberbia ruta 152, que lleva directamente al pie de las sierras.

La carretera, recta como un tajo, partía en dos partes iguales la interminable monotonía del desierto mateado de jarillas. A lo lejos la mole azulada de la sierra, que nunca se alcanza y siempre se cree próxima.

* * *

Amarga fue mi decepción cuando llegué por fin. Mi sueño resultaba sólo un vulgar cerro patagónico, más o menos parduzco y árido. Mientras me preparaba de almorzar en el puesto de Vialidad, con admirable solicitud para el turista, observé apenado aquella masa de peñascos, que nada podían significar para el viajero que pasa veloz. Allí arriba unas cabritas saltaban ágiles. Sólo una que otra gruta avivaba mi curiosidad.

* * *

Imposible describir mi asombro cuando, una hora después, penetré en los valles. Había allí árboles maravillosos: caldenes, sombras de toro, algarrobos, chañares, molles y piquillines. Claveles del aire y cactus florecidos. Helechos. Masas de rocas absurdas, clivajes verticales, tonos rojo vivo digno del decorado de la Damnation de Faust. Silencio increíble, que magnifica el murmullo de los arroyos. Abrumado, me apoyé en el tronco de un inmenso árbol de durazno,

de carcomida madera, pero aun en pie. Lugar de la vida. Ningún nombre mejor.

* * *

Bajo un peñasco blanqueaban huesos humanos. En la ribera arenosa del arroyo que remontaba, huellas frescas de pies descalzos. Otras más adelante. Como no se veía a nadie, le pregunté ami guía:

-¿Y esto?

-Son gentes "alzadas"- me respondió. -Aquí nadie las molesta.

El atardecer tornaba más imponentes las gargantas de piedra. Allí, muy alto, nidos de águila. A lo lejos, el ladrido seco de los zorros.

Estábamos en una isleta de Sombras de Toro.

-Allí están los "angelitos"- me indicaron.

Y vi en las horquetas más altas unas tablas mal ajustadas que encierran esqueletos de indiecitos desde quién sabe cuándo.

* * *

¡Qué solemnes las noches en Lihué Calel! Aquello es silencio. Me narraban despaciosamente la vieja y española leyenda de La Salamanca. A doscientos metros de nosotros estaba la profunda y siniestra caverna. Tarde a tarde se oye pasar el tropel de diablos que van hasta la cueva para rendir cuenta al demonio de las fechorías cometidas durante el día.

La calma nocturna se interrumpía a veces con aislados remolinos de viento, que pasaban furiosos y se perdían aullando y gimiendo en las sierras más negras que la noche. ¿Serían tropeles en marcha?

* * *

Contemplé el amanecer. Los jirones de neblina que se desprenden de Urrelavquen suavizaban el paisaje. He ahí la explicación de la fertilidad de las sierras. Esa humedad es la que provoca las lluvias que dan vida a los arroyos y los bosques. Así se explica que en el horrible desierto que es el País del Diablo sea aquel un lugar de vida.

* * *

Desde la cima más alta se dominan treinta leguas a la redonda. Uno es dueño del mundo y a la vez consciente de su pequeñez infinita.

En la falda de un cerro se conservan sólo las paredes de piedra de una habitación. Dentro han crecido grandes chañares. ¿A qué época debe atribuirse la construcción?

En las cumbres hallé cápsulas del viejo Remington de nuestra tropa de línea. Eran vestigios de combate. Quizá de los que se libraron hace sesenta años con las lanzas de Namuncurá.

* * *

Cavábamos en la cumbre de un cerrillo. Un fémur, una tibia, clavículas, costillas. Sin duda era aquel el cementerio buscado ¿Hallaríamos un emprendado de plata? Entre las piedras apareció, lisa y redonda, una tapa de cráneo. Me incliné para sacar con las manos la pieza que la pala podía estropear. Era mediodía. En ese instante un resplandor vivísimo nos deslumbró a los cinco que allí estábamos. La enceguedora luz provenía de la copa de un caldén, allí en el valle, distante tres o cuatro cuadras. Fingiendo indiferencia, inquirí qué era aquello.

-Allí no puede haber nadie- me contestaron con supersticioso temor.

Y no había nadie. Para encuadrar el incidente dentro de la lógica, decidí que aquél debía ser un árbol de gualicho, uno de esos caldenes inmensos que los indios honraban atando en sus ramas ramitas de colores, cuentas, espejitos o vidrios. De ahí el reflejo.

* * *

Regresé ufano por el valle. Traía el cráneo indígena desenterrado, con mil precauciones. Me salió al paso una vieja, de rasgos autóctonos definidos. Vio el cráneo y su cara se contrajo con odio y horror. Esperé resignado una maldición. Pero repentinamente se llenó de júbilo, y señalando la zigzagueante soldadura de los huesos de la cabeza, exclamó: No ser de hermano, tiene cruz en el mate.

* * *

Ahora mis prójimos, con aire incrédulo de especuladores expertos, me preguntan con sorna: "¿Así es que has comprado en La Pampa?". Contesto con evasivas. ¿Cómo explicar que aquello tenía que ser mío y de los míos? ¿Quién entendería mi secreto?

Conservo la impresionante calavera, entre piedras chispeantes, flechas, boleadoras y morteron hallados allí cerca. Y pienso que hay que replantar los duraznos. Y evoco la leyenda fascinadora. Envueltas en brumas y silencio, las lejanas sierra rojas se llaman hoy Santa María de Lihué Calel.

IV

Hubo una vez un robo en *Huinca Hué*. Entraron al escritorio que Papá tenía en el piso alto de la torre que sostenía el tanque de agua y se llevaron bastantes cosas, incluso algunos objetos de plata. Uno de ellos se les cayó a los ladrones cuando pasaron el alambrado que cercaba un potrero, frente a la casa principal. No me acuerdo qué era ese objeto.

Sería por los año cuarenta. Papá hizo la denuncia policial y, como tenía buenos contactos en el gobierno de la provincia de Buenos Aires, desde allí mandaron dos pesquisas para investigar el caso. Se llamaban Barcelona y Montserrat. Uno era alto y flaco, el otro petizo y regordete. A los chicos nos fascinó ver detectives de veras.

No sé cómo hicieron ni qué noticias obtuvieron. Lo cierto es que casi todas las cosas robadas aparecieron enterradas al pie de un eucalipto *cinerea* en un médano fijado con árboles de la estancia *Bersèe*, de Paul Hary.

Todo rarísimo.

* * *

Paul era íntimo amigo de Papá, al igual que Santiago Estrada y Manolo García Verde. Papá, Manolo y Paul fundaron la *Hermandad de Nuestra Señora de las Pampas*. Agrupación que reunía a un grupo de estancieros y de la cual Papá, Manolo y Paul eran *Hermanos Mayores*. Los estatutos habían sido redactados por Papá y establecían para los asociados algunos compromisos fáciles de cumplir: rezar el rosario con los peones al caer la tarde, velar por que éstos tuvieran instrucción religiosa, pagar salarios justos, recibir y dejar pernoctar a los linyeras proveyéndoles de agua, carne y yerba. También Papá escribía unas circulares que se hacían llegar a los miembros de vez en cuando. La *Hermandad* había sido aprobada por el obispo de Nueve de Julio. Los estatutos preveían que, fallecido un Hermano Mayor, los otros dos nombraban a su sucesor. Y, que en caso de no hacerse eso, la *Hermandad* se extinguiría. Lo cual sucedió finalmente. También escribió Papá para la *Hermandad* un librito titulado *Santo Rosario*, con una meditación breve para cada avemaría.

* * *

Voy a ocuparme de los otros dos Hermanos Mayores.

Manolo era español, casado con Maruja García Llorente, padre de nueve hijos, dueño de la estancia *Mari Lauquen*. Se fue a España cuando estalló la Guerra Civil y se incorporó al Estado Mayor del general Vigón.

Paul Hary, descendiente de franceses y casado con una francesa, Susan, padre de Jean Paul y Michel, era ingeniero, dueño de la estancia *Bersèe*, fundador de los *Grupos Crea*, y había presidido el directorio del Banco Central.

Cuando murió Papá, yo manejé las cosas de *Huinca Hué*, con la invaluable colaboración de Ángel Borrego. En una de mis visitas, resolví hacer una pequeña gira por las estancias de la zona. Que encontré muy venidas a menos. Salvo *Bersèe*, que estaba mejor que antes. Se lo comenté a Paul quien, modestamente, me contestó:

Y... son ciento cincuenta años de hacer lo mismo.

* * *

De chicos, quizá debido a la lectura prematura de *El Sabueso de los Baskerville*, nos gustaba protagonizar presuntas aventuras policiales. Así, a un eucalipto cuyo tronco presentaba un gran tajo del que manaba resina, lo llamábamos *El Árbol de la Cuchillada*, tejiendo una pintoresca historia a su respecto.

También, con Papá, íbamos a tomar mate bajo un grupo de árboles y al lugar lo habíamos bautizado *La Guarida*.

Después de alejado Don Francisco, el capataz de *Huinca Hué* fue Evaristo Blanco. Su mujer se llamaba Flora y sus hijos Carlos, Mecha, Carmen y Roberto. Yo era amigo de Carlos.

Una tarde, habíamos salido a andar a caballo con Carlos. En eso estábamos cuando, cerca de un grupo de pinos, vimos un bulto que se movía. Era un hombre harapiento, seguramente un linyera. Y, sin decirnos palabra, con Carlos salimos a toda disparada, sujetando recién cuando llegamos a las casas.

En casa había armas. Bastantes. Yo tenía mi carabina *La Francotte*, una pistola Ballester Molina 22 y un revólver 22 *Harrington y Richardson* que me había regalado Pepe Pereyra Iraola. Papá un *Colt* calibre 38, una pistola también *Colt* super 38, un *Mauser* y una carabina *Browning*.

Cierta vez, en momentos en que recrudecían las invectivas de Perón contra los oligarcas, vino a *Huinca Hué* el cabo Arregui, del destacamento de Pirovano. Aparentemente venía a ver si en casa había armas. Lo hicieron pasar. Pudo ver que las había porque estaba a la vista. Pero no dijo nada y se fue como había venido.

V

Papá sacaba fotografías y las pegaba en álbumes, escribiendo a mano párrafos referidos a las mismas. Yo conservo los álbumes correspondientes a *Huinca Hué* y *Lihué Calel*. En éste último Papá asentó una referencia llena de sugestión, correspondiente a la época en que se estaba construyendo la casa que edificó allí. Aclaro solamente que había una gran sequía y casi no quedaba agua en el jagüel próximo a la casa en obra, cavado en el lecho del torrente *Namuncurá*. No resisto la tentación de copiar tal referencia, de características épicas. Dice así:

El Lunes 17 de Enero de 1944, salgo en camión de Huinca Hué, con Pedro Rodolfo Centurión, Francisco que vuelve a hacerse cargo de su puesto de encargado, José Hoyos y los siguientes muchachos contratados por dos meses: Santos Herrero, Raúl Picazo, Alberto Lemus (que vuelve por 2a. vez), Rogelio Rodríguez, Alfredo Zarco y Benigno Pérez. - ¡Once personas en camión! Pernoctamos en General Acha. Al llegar a las Sierras queda agua en el pozo apenas para dos días. Preséntase gran tormenta a la noche. No deja ni una gota. Angustiado, a la mañana siguiente, con fuerte calor, vamos con Francisco al jagüel que dista 2.000 mets. de la casa. Al tirar el balde, sale una rata podrida. El agua contaminada. Al regresar al campamento, comprobamos que el gua, ya abombada, despidе feo olor. Ordeno que no se tome cruda, sino como mate. En la tarde uno de los peones, que no siguió mi consejo, sufre una fuerte intoxicación alarmante. Cae la noche y el cuadro es triste. A la una de la madrugada despiértanos tormenta. ¡Llueve! Rezo el Rosario con toda mi alma. Al cuarto de hora deja de llover. Sólo diez milímetros. Todos reanudan el sueño. Quedo velando. Un creciente ruido en las Sierras lo atribuyo al

Pampero que limpia. Su intensidad me alarma. Despierto a Francisco. En ese momento centenares de sapos estallan en su canto valle abajo. Ellos anuncian que el arroyo Namuncurá viene crecido - me dice Francisco. Despierto a todos, y corremos al zanjón que caminé, calcinado, durante el día. Llegamos con la cabeza de la creciente. Piedras, ramas y troncos llevados por furiosos remolinos. ¡Bendito sea Dios mil y mil veces. Nos abrazamos. Bebemos hasta hartarnos. A la luz de los relámpagos, se ve el cauce repleto de borde a borde, con un lomo de agua al medio. ¡Así corre cuatro horas! A la mañana siguiente hay tres metros de agua en el pozo, y se sigue llenando con los hilos cristalinos que manan del lado de la Sierra. Al emprender el regreso, horas después, compruebo que a legua y media de la Sierra, no había caído siquiera una gota de lluvia. ¿Cómo dar gracias a Dios? Nadie imaginará mi emoción.

VI

En *Huinca Hué* la fiesta patronal era el 25 de marzo, día de la Anunciación de María Santísima. Y se la festejaba por todo lo alto.

Empezaba con misa a la mañana, celebrada por el párroco de Pirovano, también invitado a los festejos. Después había chocolate caliente para la concurrencia, seguido por una procesión encabezada por la bandera argentina y la española, enarbolada ésta por Valentín Carrera, el quintero leonés de la estancia. Alguna vez yo llevé la bandera argentina. Llegaba aquella procesión hasta la cruz fundadora, de la que ya he hablado y me parece que se iba y se volvía rezando el rosario.

Al regreso, la farra se llevaba a cabo de diversos modos. Había doma de potros y asado con cuero. Las vecinas españolas bailaban la jota arriba de una chata playa, al compás del tamboril y de una flauta que tocaba Carrera. Y Ramoncito Ojuez zapateaba un malambo sobre una tarima de madera instalada frente a la casa. Hacía Ojuez toda clase de *mudanzas*, algunas en torno a un cuchillo

clavado en la tarima. No me acuerdo quién tocaba la guitarra.

Uno de aquellos 25 de marzo hice yo mi primera comunión en la capilla, que había sido adornada con colgaduras de seda blanca. Estaba vestido de marinero y tuve en las manos un crucifijo de madera con Jesús grabado a fuego por Ballester Peña.

Conservo algunas fotos tomadas al salir de la ermita. Mamá me lleva de la mano y se lo ve a tío Rolo, de gorra inglesa y *knickers*. También se lo ve a Charlie Paz, todavía con pantalón corto. Y a Gui Gallardo, el hijo mayor de Tío Guillermo, que sería cantante de ópera, barítono.

VII

Los médicos de la zona eran Héctor Alvarado Lucero, en Pirovano. El doctor Tajada en Daireaux. Y también en Daireaux el dentista Juan Clemente Di Carlo.

El doctor Alvarado era un personaje singular. Riojano o catamarqueño, con mucho pelo casi sin canas, petizón. Era dirigente radical y no les cobraba a los pobres. Pintaba bien y se pagó la carrera ilustrado los catálogos de la tienda *Gath & Cháves*. Y, aunque era agnóstico, pintó el telón de fondo para el *Oratorio Festivo* de la parroquia. En cierta oportunidad, viajando en su automóvil cerca de un grupo de árboles, le hundieron la puerta del coche de un escopetazo.

En Daireaux estaba el doctor Barceló. Que me atendió a mí por unas ronchas que me salieron y picaban mucho. El líquido que me puso me hizo ver las estrellas.

El doctor Tajada, también de Daireaux, era dirigente radical como Alvarado.

Di Carlo, en cambio, era dirigente conservador. Atendía en Daireaux, allí vivía, y en Pirovano, donde iba los días martes. Le alquilaba un cuarto con vestíbulo a la familia Piris y allí llevaba su temible torno a pedal.

Alguna vez mi abuelo Aquiles Pirovano, que era médico cirujano, debió atender de noche un caso urgente de peritonitis en *Epú Lauquén*, donde estaba veraneando. Improvisó una mesa de operaciones en la herrería de la casa de peones, con un guinche hizo levantar por su parte trasera un automóvil, de modo que sus faros alumbraran la mesa de operaciones y operó al paciente. Con fortuna porque al poco tiempo éste estaba sano y bueno.

Aquiles, *Papá Aquiles*, era Pirovano Naón y estaba casado con *Mamacata*, prima suya Pirovano Álzaga, hija del ilustre cirujano del 80 Ignacio Pirovano.

Escribí yo la biografía de don Ignacio, un hombre encantador, sumamente bromista, que, siendo aún estudiante de farmacia, fue enviado por el gobierno a atender enfermos de cólera hacia el año mil ocho sesenta y tantos. Don Ignacio trabajaba en la botica *El Cóndor de Oro*, de la calle Corrientes. Y afrontó con entereza la misión que se le encomendara, marchando a la localidad de Pila para cumplirla, cuando pocos se animaban a atender a los

coléricos por lo contagioso del mal que padecían. Era un gigantón rubio que no sólo atendía a los enfermos de cólera sino que se encargaba de enterrarlos cuando morían, en plena pampa. Como reconocimiento a sus servicios, los vecinos de Pila le regalaron una caja de cirujía que encargaron a París. Es de una madera oscura que parece ébano, tiene cantoneras de plata y una placa con las iniciales de don Ignacio. Hoy esa caja la tiene mi hermana Cati. Más tarde el gobierno lo enviaría a Europa, sería alumno del famoso cirujano francés, Dr. Peán, conocería la antisepsia quirúrgica a través de su descubridor el Dr. Lister y llegaría a ser el más famoso cirujano de América del Sur.

Yo tengo un menú con una serie de platos con nombre francés, donde está escrito:

*Ignacio. Todo estos hemos comido
y tú te lo has perdido
porque eres un jodido.
Fdo. Carlos Pellegrini.*

En el entierro de Ignacio habló Pellegrini y concluyó su discurso diciendo:

Fué sabio, noble y bueno.

Agregando: *Frente a esta tumba abierta, hasta el egoísmo llora.*

Más tarde, durante su última enfermedad, Pelegrini dijo:

Si Pirovano viviera, yo no me estaría muriendo.

Hoy, un hospital porteño lleva su nombre.

* * *

En la zona del pueblo de Pirovano, donde yo me crié, había varios locos. O medio locos.

Uno era un tal Basualdo, conocido como *El Loco de las Cortaderas*. Y, por cuanto usaba el pañuelo de cuello muy desplegado sobre un hombro, también le decían *Ropa Tendida*.

A otro le decían *El Loco Barraza* y la gente le temía.

También estaba Jesús Rodríguez, alias *El Murungo*, apodo que le indignaba y que no sé qué quiere decir. Una vez fue sometido a juicio público y, cuando el juez decía, por ejemplo:

*La noche de autos el imputado Jesús Rodríguez,
alias El Murungo...*

En cuanto oía su apodo, Rodríguez saltaba indignado gritando:

¡Miente, mierda!

En una oportunidad hizo noche en la estancia *Cume Co* y estaba sentado al sol, frente al cuartito donde lo habían alojado. Pasó mi tía María Rosa Lezica manejando un cochecito de caballos y *El Murungo* no la saludó. Ante lo cual mi tía, que no era amiga de callarse, le dijo:

¿Ya no saluda a los amigos, don Jesús?

Respondiendo éste:

No la conocí. Tanta vieja que habré apretado en lo oscuro...

También estaba Osvaldo, una especie de sacristán de la parroquia *Santa Rita*, próxima a Boulogne. Era medio atrasado y había nacido el mismo día que Carmen O´Neill, *Meme*, nuestra niñera que, más tarde se casaría con Papá cuando éste enviudó. Dadas las diferencias que había entre *Meme* y Osvaldo quedaban desmentidas las afinidades astrales que deberían existir entre personas del mismo signo.

Y por fin cabe citar a *El Filósofo del Camino*, que recitaba un poema compuesto por él que empezaba diciendo:

*Soy un pobre paria que ambula
por la superficie de la capa terráquea*

llevando a sus espaldas la cruz del delirio.

VIII

Era yo íntimo amigo de Leopoldo Seisdedos, que trabajó bastante tiempo en *Huinca Hué*. Leopoldo -*Polo* o *Polito*- era sobrino de *El Filósofo del Camino*. Y tenía un hermano, Juan, puestero en *Cume Co*.

Con Leopoldo tenemos muchas aficiones comunes. Nos gustaba cazar y los domingos salíamos arma al hombro en procura de liebres y perdices. Jugaba en mi equipo de fútbol. Y boxeaba.

Yo también lo hacía. Habíamos armado un *ring* cerca de los galpones y colgado un *punching ball* en el dormitorio de peones. Una vez armamos una pelea en la que yo enfrentaría a un hijo de Correa, bolichero de la zona. Comenzada la misma, en un momento dado yo me apoyé en la cuerda superior del *ring*, ésta se cortó y yo caí de espaldas, pegando con la nuca en el suelo y quedando bastante aturdido.

Tuve otras peleas. Una fue con Carlitos Iburguren, mi cuñado, que me cascó.

La otra fue contra Albertito Martínez Youens y tuvo lugar en la terraza del edificio donde vivían, en la Avenida Alvear. Era un primero de mayo y todo estaba cerrado por el feriado. Invitamos chicas. Los guantes, de ocho onzas, los consiguió Gustavo Landívar, Santiago Estrada fue mi segundo y *réferi* el gordo Lijó Pavía.

Comenzó la pelea y yo empecé a meter la izquierda en punta, cosa que hacía con buena velocidad y puntería. Enseguida vi que Albertito estaba completamente mareado, suspendiéndose la pelea y ganando yo por knock out técnico.

Pues bien, Leopoldo resolvió irse a Buenos Aires para boxear. Hizo unas cuantas peleas hasta que, en cierto campeonato rioplatense, un uruguayo le metió un *punch* en la punta de la pera y lo dejó knock out.

Tambié peleó bastante mi hermano Luis Esteban. Trabajaba en el campo y lo llamaban *La Pantera Rubia de Rufino*. Usaba una *robe* que había sido de tía María Rosa. Ganó unas cuantas peleas hasta que le organizaron una con un ruso-alemás grandote.

El organizador les pidió que la hicieran durar un poco para contentar al público. Luis Esteban cumplió con el pedido pero su rival no. Lo madrugó, metiéndole una piña que lo dejó knock out.

También mi hermano Luis Bernardo peleó alguna vez.

Seisdedos entrenaba en Vélez Sarsfield, donde lo fui a ver hacerlo. Allí me presentó a Néstor Savino, a uno de los hermanos Lowell y a un pesado norteamericano llamado Jean Joup.

A Mariquita, mi primera mujer, la gustaba el box. Y solíamos ir al Luna.

Estando embarazada, la muchachada le abría camino para que llegara hasta el *ring side* sin sufrir apreturas. Una noche lo fuimos a ver a Ramón La Cruz, que peleaba con el negro Luis Federico Thomson.

Mariquita le dijo al que tenía sentado a su izquierda:

La Cruz está acabado.

Contestó el otro:

No vaya a creer.

Ganó La Cruz por knock out en el primer round, con un gancho al hígado tremendo.

Vimos a varios boxeadores importantes de la época: Alfonso Senatore,

Armando Rizzo, creo que *Cucusa* Bruno, tal vez Cirilo Gil, Goyo Peralta, Martiniano Pereyra, Antonio Lucero (*Kid Cachetada*), Mario Díaz.

Leopoldo aprendió el oficio de tornero en Fabricaciones Militares. Y después se instaló por su cuenta. Tiene una fabriquita con un frente muy prolijo de mosaico veneciano, donde alguna vez un miserable escribió algo así como:

Patrones explotadores.

Ignorando los esfuerzos realizados por Leopoldo y su origen humilde.

Leopoldo tiene hoy días dos autos y una lancha, sale a pescar dorados en el Paraná y a cazar jabalíes cerca de Lihué Calel, apostándose arriba de un caldén, cerca de donde los chanchos van a beber. Alguna vez me ha invitado a acompañarlo pero yo ya no estoy para esos trotes.

Para el día de mi cumpleaños me manda un jamón de jabalí y una botella de vino.

IX

Además de mi amigo Leopoldo, sobre quien ya escribí, pasaron por *Huinca Hué* muchos peones. Me referiré a algunos de ellos.

Vicente Hoyos es el aficionado a quien mejor vi yo jugar al fútbol. *La llevaba atada*, como se suele decir, nadie le podía sacar la pelota. Y era capaz de avanzar recorriendo más de media cancha y dejando el tendal de adversarios en el camino. Estaba casado con Adelina, mucama de adentro en casa.

Terminaron por irse a trabajar en un horno de ladrillos en Cañuelas, no sé si por cuenta propia o ajena. Hermano de Vicente era *Piz*, que también jugaba bien al fútbol. No sé por qué motivo, en un momento dado se le cayó todo el pelo quedándose totalmente calvo. Pero, pasado un tiempo, le volvió a crecer.

También trabajaron para Papá los hermanos Nicolás y Manolo Sardiña. Nicolás era flaco, Manolo más fuerte. Una vez llegó Manolo con los labios hinchados. Había comido higos sin sacarles la cáscara y explicó:

Me fajaron los higos.

Alberto *El Alemán*, hizo trabajos en casa. Había sido maquinista del *Graf Spee*. Internado en la isla de Martín García escapó a nado. En tiempos en que sólo los marinos tenían tatuajes, Alberto lucía uno en el antebrazo que mostraba dos manos que se estrechaban delante de una fragata con las velas desplegadas. Fumaba en pipa. Y Jacinto Montes -Jacinto Montes Barrientos- que trabajó en *Huinca Hue* hasta que se vendió, era muy pícaro y le dijo al *Alemán*.

Los muchachos Gallardo dicen que van a venir a mearte el trabaco.

Cosa que indignó a Alberto, que respondió furioso:

Dicile, dicile que vengan. Qué van a mear tibaco.

Otra vez estaba Montes sentado al lado de Luis Esteban, frente al fogón de peones. Y Luis Esteban le escupió al lado de la alpargata. Ante lo cual dijo Montes:

¿Vos sabés lo que es escupirle a un hombre?

* * *

Ricardo Zuberbhüler, el mismo del cuento de la luz mala que aparecía en el puesto de Epu Pel, administraba los campos familiares moviéndose en avión. Tenía un *Piper Cub*. Y eso era bastante frecuente. En los remates anuales de hacienda *Aberdeen Angus* que se hacían en la estancia *La Celina*, muy próxima a *Huinca Hué*, muchos llegaban en avión. También mis primos Pirovano tienen en común un ultra-ligero.

Y me acuerdo cuando, hace mucho, un amigo de Papá, Luis González Moreno, piloto, llegó a la estancia con una escuadrilla conformada por tres aviones: dos biplanos, cuyo pilotos estaban al aire libre, provistos de antiparras, y un monoplano azul y amarillo, de ala alta, con cabina, denominado *Presidente Ramón S. Castillo*. Avisó que aterrizarían en *Huinca Hué* y se preparó la pista guadañando una larga avenida en un potrero de alfalfa. Allí aterrizaron los aviones y estuvieron un rato. Fueron los primeros que ví de cerca.

* * *

Eran frecuentes en mi zona las carreras de Ford T. Venían cruzados, levantando una gran polvareda. Los habían despojado de sus guardabarros y tenían el tanque de nafta detrás de la nuca del conductor.

* * *

Papá jugaba muy bien a las damas. Iba a hacerlo al fogón de los peones y les ganaba siempre. A mí también me ganaba.

* * *

Un gran acontecimiento que tuvo lugar en octubre de 1948 fue la carrera automovilística Buenos Aires / Caracas, seguida atentamente por todo el país a través de la radio. En nuestro caso el aparato de radio había sido fabricado por Valdés, autor de curiosos inventos que vivía en el pueblo de Pirovano. Entre otras cosas había inventado y construido cierta lancha impulsada por una hélice sobre cubierta. Cuando fue a probarla en una laguna cercana, todo el pueblo acudió para presenciar la experiencia. La lancha partió raudamente y, por resultar ingobernable, se incrustó en el juncal de la otra orilla.

Pues bien, a través de esa radio oímos el desarrollo de la extensa carrera, relatada por Luis Elías Sojit y comentada por su hermano Manuel, "Corner". Fue entonces cuando Sojit popularizó la muletilla "coche a la vista", que empleaba para anunciar la aproximación de un auto.

Eran éstos las clásicas *cupecitas*, de dos puertas, con los guarbarros recortados, varios buscahuellas, los caños de escape a la vista, una correa para asegurar que no se abriera el capot y la tapa del baúl de lona. Mi amigo Luis Morgan, que hablaba bien francés y era partidario de la precisión, señalaba que a las tales

cupecitas había que decirles *cupecitos* pues el término *cupé* es masculino.

El único de los coches que no era *cupé* sino cuatro puertas era el Dodge de Jorge Rodrigo Daly.

Los seguidores de esas competencias de *turismo carretera* más que a corredores apoyaban a las marcas del auto que conducían. Y estaban divididos entre fanáticos de Ford y de Chevrolet. El de Rodrigo Daly era excepción.

Yo hinchaba por Oscar Alfredo Gálvez, Tito, *El Aguilucho*, que, con su hermano Juan, eran los más destacados pilotos de esa marca. Fangio corría con Chevrolet y, en aquella carrera, tuvo un grave accidente en que murió su acompañante Daniel Urrutia. Muchas veces se corría entre espesas polvaredas que tornaban muy peligroso hacerlo.

Otros corredores que recuerdo son Eusebio Marcilla -*El Caballero del Camino*, que auxilió a Fangio aquella vez- Daniel Musso, Pablo Gulle, Esteban Fernandino, Esteban Sokol. Éste duró muy poco en la competencia: a poco de largar frente a la sede del Automóvil Club, cayó en la fuente que está al pie del Monumento de los Españoles y allí quedó su coche.

Oscar se cansó de ganar etapas, pese a que el motor de su coche tenía un

cilindro fisurado y, al final de cada una de ellas, tenía que emparcharlo con chicle. Pues el chicle al calentarse se endurece.

Pero en la última etapa el auto de Tito dijo basta. La etapa la ganó el mendocino Víctor García y la carrera Domingo Marimón.

A Marimón le decían *Toscanito* porque siempre tenía uno en la boca.

Costumbre que había adquirido para evitar contagios, pues pasaba cadáveres de contrabando desde una provincia a otra, eludiendo así el pago de los impuestos correspondientes. Llevaba el muerto sentado en el asiento del acompañante.

Al regreso de Caracas se corrió una carrera entre Lima y Buenos Aires que ganó *El Aguilucho* de punta a punta.

X

En casa, los hombres que estaban en edad de votar (las mujeres no lo hacían aún) votaron por Perón en 1946. Éste, hábilmente, había planteado una disyuntiva de hierro: Braden o Perón. Spruille Braden era el embajador de los Estados Unidos en la Argentina. Que encabezó una manifestación multitudinaria denominada *Marcha de la Libertad y la Constitución*, donde ondearon banderas argentinas, británicas, francesas, estadounidenses y de la Unión Soviética. Esta alianza se llamó *Unión Democrática*.

Los argentinos optaron por Perón. Que ganó las elecciones, casi sin partido y casi sin plata. Casi sin partido porque no lo tenía y se lo facilitó Cipriano Reyes, dirigente del sindical del gremio de la carne. Era el partido Laborista. Y casi sin plata porque Perón no contaba con ella, haciendo la campaña electoral con pintadas a tiza y carbón.

El peronismo, que se lo conocía de ese modo, acuñó ingeniosos *slogans* como los siguientes:

Sube la papa, sube el carbón

y el veinticuatro sube Perón.

Las razones de la estrofa obedecían a que ya había inflación por entonces y a que el 24 de febrero iban a ser las elecciones.

También el peronismo hizo circular el siguiente volante, utilizando las iniciales de quienes se le oponían:

Por Consiguiente (PC Partido Comunista),
Presidente Será (PS Partido Socialista),
Un Coronel Retirado (UCR Unión Cívica Radical),
Domingo Perón (DP Demócratas Progresistas),
Un Descamisado (UD, Unión Democrática)

La fórmula del Peronismo fue Perón / Quijano. Éste último era un correntino, radical disidente.

Perón / Quijano se impusieron, en números redondos, por 1.470.000 votos contra 1.210.000 de la *Unión Democrática*.

* * *

Perón hizo un buen gobierno, ayudado por la economía, que venía con viento de cola desde el momento que la Argentina era acreedora de Europa por haberle vendido carne y trigo durante la 2a. Guerra Mundial.

Reformada la Constitución y vencido su mandato, Perón pretendió optar a un segundo con su mujer, Eva Duarte, como candidata a vicepresidente. Las Fuerzas Armadas vetaron esta fórmula y Quijano vuelve a ser candidato a vicepresidente.

Perón / Quijano se impusieron a la Fórmula Balbín Frondizi, de la *Unión Democrática*, esta vez por 4.580.000 votos contra 2.300.000

* * *

El segundo gobierno de Perón no fue afortunado. La plata se había acabado y, para peor, suscitó un conflicto con la Iglesia Católica que dividió aguas de modo distinto a cómo sucedía hasta entonces. A eso se agregó un intento de permitir la explotación de petróleo a *La California Argentina*, una compañía norteamericana creada al efecto.

La Constitución había sido reformada en 1949 y ahora permitía ese tipo de concesiones hasta entonces prohibidas.

La gente se empezó a asustar. Se decía que se torturaba en la sección *Orden Político* de la Policía Federal, imputando el asunto a los comisarios Lombilla y

Amoresano. Y que había *Jefas de Manzana* peronistas que controlaban los domicilios de su sector.

Murió Evita y Perón empezó a hacer papelones saliendo a pasear en motoneta con las chicas de la UES (*Unión de Estudiantes Secundarios*).

Así sobrevino el absurdo conflicto con la Iglesia, originado en realidad por el hecho de que Perón exigía una pleitesía que la Iglesia no se avenía a prestar. El gobierno expulsó del país a Monseñores Tato y Novoa. Alentando también un gran acto espiritista en el Luna Park.

En medio de este ambiente estalló la revolución de 16 de junio de 1955, realizada por la Armada. La revolución fracasó. Y el mayor Vicente, peronista, impulsó a suicidarse al almirante Gargiulo, diciéndole que iba a ser fusilado al día siguiente y dejándole a mano una pistola.

* * *

Yo pertenezco a la clase 1934. Como nací a fines de diciembre, fui convocado para hacer la conscripción en 1955. Me tocó cumplirla en el *Regimiento Motorizado Buenos Aires*, que dependía directamente del ministro Sosa Molina y su jefe era el Teniente Coronel Marcos Ignacio Calmón. La 3a. Compañía Reforzada donde yo prestaba servicios tenía su asiento en el

subsuelo del *Edificio Libertador*, sede del Ejército. Y fue este regimiento el que derrotó a los marinos sublevados.

No intervine en la represión de los marinos porque era asistente del Teniente Primero Vilar, que había estado de turno la noche del 15 al 16 de junio y nos correspondía franco por descanso de guardia. Oportunidad en la cual me enteré de que Perón había llegado de madrugada al edificio, alojándose en el tercer subsuelo.

Ocurrió entonces algo extraño. Al rato llegó un helicóptero, que por entonces no se veían mucho. Y, para custodiarlo, se lo puso de centinela a Huguito, que era el tonto de la compañía. El que llegaba siempre tarde a las formaciones, con el birrete al revés y los borceguíes cambiados. Después todo el mundo se olvidó de la presencia de Huguito. Sobrevino el tiroteo entre el *Edificio Libertador*, sede del Ejército, y el Ministerio de Marina. Fue tal el susto de Huguito que salió corriendo... en dirección al Ministerio de Marina. Donde llegó en medio del silbido de las balas. Los marinos no sabían qué hacer con él, y lo encerraron en un cuartito bajo llave. Cuando el *Motorizado Buenos Aires* tomó el Ministerio de Marina, se encontró con Huguito. Que, en rigor, había sido el primer soldado del *Motorizado* que entró en la plaza enemiga.

Paralelamente a mi adscripción al Ejército, yo formaba parte de un *comando*

civil antiperonista. Respondía el mismo al Capitán Palma, que después llegaría a Almirante. Ello determinaba un tironeo de lealtades pues, por un lado, mi regimiento defendería Perón y, por otro, como *comando civil*, debería yo actuar para derrocarlo.

En la 3a. Compañía estaban también Raúl Guerrico y Alfredo Urquiza, de quienes me había hecho muy amigo. Debatido con ellos el conflicto de lealtades, llegamos a una solución pragmática. Si la revolución inminente no sorprendía en la Compañía, seríamos *leales*. De lo contrario, *revolucionarios*.

Por ese entonces me llegó una orden tremebunda: como *comando civil* debería dirigirme en algún momento al domicilio de un general peronista, tocar el timbre y, cuando saliera el general en camión, clavarle un chuchillo en la barriga. La orden me pareció disparatada, consulté el asunto con Franci Seeber, que era nuestro mentor político, y éste consultó al entonces Mayor Juan Francisco Guevara. Quien indicó que ni se nos ocurriera cumplir esa orden pues, al día siguiente de haber sido acuchillado un general, todo el Ejército estaría contra la revolución. Además, yo me sentía incapaz de acuchillar a un hombre indefenso.

Vivía yo en lo de mi tío Ángel León Gallardo, calle Lavalle 553, el 16 de junio, hallándome en descanso de guardia dormí allí plácidamente hasta primeras horas de la tarde. Al despertarme, me extrañó ver que no había nadie en la

casa. Investigué y descubrí que sus pobladores se habían refugiado en el subsuelo pues aviones navales habían bombardeado la Casa de Gobierno. Algunas bombas cayeron en la Plaza de Mayo y las explosiones se habían oído en lo de mi tío.

Decidí salir a la calle a ver qué pasaba y busqué en el cajón de mi mesita de luz una pistola *Colt 45*, cachas de asta de ciervo que allí debía estar. Pero su dueño, mi primo Marcelo Ordóñez, se la había llevado. Llamé a otro *Comando Civil*, que vino a buscarme en automóvil. Pero, mientras dábamos vueltas por ahí viendo qué pasaba, se empezó a asustar y me dijo que tiraría su revólver. Le dije que más bien me lo diera a mí que estaba desarmado. Era un *Eibar* calibre 32 medio cachuzo.

Así vimos pasar las columnas de la CGT por Leandro Alem, que iban hacia Plaza de Mayo para pedir armas y apoyar a Perón.

* * *

Al caer la tarde todo había concluido y me reintegré a mi Compañía. Cruzé Plaza de Mayo, cosa que pude hacer sólo porque iba de uniforme. Aunque ya habían limpiado un poco, había charcos de sangre y pedazos de carne por el suelo. Ardían La Curia Metropolitana, San Ignacio y San Francisco.

Pude agregarme a mi unidad pero, advertido Vilar de mi ausencia, no me dijo nada pero me devolvió a la tropa, dejando así de ser su asistente.

XI

¿Concluyeron así mis andanzas del 16 de junio? No señor. Hub consecuencias posteriores bastante graves para mí.

Ocurrió que, para recordar su triunfo en aquella jornada, se confeccionó un banderín de rayón verde, con un camión cargado de soldados estampado, rodeado por una leyenda que decía: *Regimiento Motorizado Buenos Aires -16 de junio de 1955 -Jornada Heroica.*

Estaba yo de guardia, apostado en el puesto No. 1, que se hallaba en la entrada del *Edificio Libertador*. Y se procedía a entregar el banderín a los soldados. Vinieron a relevarme para recibir el mío y, cuando me lo entregaban, lo rechacé.

Cundió el desconcierto, pero enseguida me llevaron al calabozo, custodiado por dos conscriptos armados.

* * *

El calabozo era minúsculo, con luz de neón siempre prendida y me sacaban

sólo para ir al baño y para baldearlo.

Los compañeros, solidarios, me llevaba alfajores comprados en la cantina. Y el respectivo sumario estuvo a cargo del teniente Primero Laje Ferreiro. Que me aconsejaba el modo más favorable de declarar, pero yo no le hacía caso pues, lo que realmente me interesaba, era dejar bien en claro mi postura.

Al día siguiente de estar yo en el calabozo, me sacaron para comparecer ante el Jefe de Compañía, Capitán Phillipeaux, muy peronista. Tanto que al año siguiente se levantó en Santa Rosa para iniciar una revolución peronista, finalmente fallida. A raíz de ella los fusilaron a los generales Valle y Tanco y a los coroneles Ibazeta y Cogorno. Phillipeaux se salvó porque su sumario se prolongó hasta que concluyó la aplicación de la Ley Marcial. Perón, lleno de agachadas como siempre, desautorizó a quienes se habían sublevado en favor suyo, perdiendo la vida en el intento, por cuanto lo hicieron sin que él hubiera ordenado hacerlo.

Phillipeaux me preguntó qué pasaba pero, antes que se lo dijera, me sacó a los cuerpo a tierra.

Al día siguiente debí comparece ante el Mayor Vicente, aquel que indujo el suicidio de Gargiulo. Era muy peronista. Atildado, olía a jabón de tocador.

También me preguntó los motivos de mi actitud, pero en cuanto empecé a explicarla también me sacó a los panzazos. Luego hizo formar a la compañía y

pronunció una arenga sobre el caso, en la cual yo no quedaba nada bien por cierto.

Y al otro día se corrió hasta la Compañía el Jefe de Regimiento, Coronel Calmón, triunfador de la revolución de 16 de junio y ascendido a coronel sobre el tambor por su actuación.

Calmón, aunque parezca redundante decirlo, era un criollo calmoso, creo que catamarqueño, con frondoso bigote negro. Me hizo sentar amablemente y me preguntó:

¿Qué pasa, soldado?

Le expuse mis razones, que escuchó atentamente. Entre otras cosas le dije que el 16 de junio era el día en que habían ardidido las iglesias porteñas y que, a raíz de los sucesos vividos en la catedral, varios de mis primos estaban presos. De manera que no me era grato recibir un banderín que recordara la fecha.

Calmón me contestó más o menos lo siguiente:

Vea, yo soy peronista. Junto con otros oficiales fui a Martín García para traerlo a Perón el 16 de octubre de 1945. Pero soy católico, mis hijas se educan en un colegio religioso. Y yo respeto a la gente que sostiene sus ideas de frente. He ordenado destruir el sumario que le estaban instruyendo y usted, desde ahora, pasa a ser mi soldado de órdenes.

Así pasé a la sede del *Motorizado Buenos Aires*, en la manzana limitada por la avenida Garay y la calle Pichincha. Era tratado con gran consideración y tenía poco que hacer. No cubría guardias.

Cuando sobrevino la revolución de septiembre, el regimiento evacuó su cuartel pues se decía que sería bombardeado por los *Avro Lincoln* de San Luis. Yo me ofrecí para lo que llamaban *imaginaria suicida*. Y me la pasé durmiendo, mientras mis compañeros se empapaban en Parque Chacabuco donde el regimiento había acampado.

El éxito de la llamada *Revolución Libertadora*, determinó que Calmón debiera pasar a retiro. Volvió a sus pagos norteros. Y yo le mandé una invitación para mi casamiento.

Pasaron los años. Llegó al gobierno el general Juan Carlos Onganía. Yo era Asesor de Gabinete de Santiago Estrada (h), en el ministerio de Bienestar Social. Onganía lo reincorporó a Calmón para que completara unos años de servicio que necesitaba para mejorar sus haberes de retiro. Enterado de ello fui a verlo al Servicio de Inteligencia del Ejército, donde estaba.

Me presenté, le recordé el favor que le debía, le dije que tenía un cargo en el gobierno y me ofrecí para hacerle cualquier favor que me pidiera. Calmón me miró con una sonrisa traviesa y me dijo:

He olvidado completamente todo esto que usted me menciona.

XII

El Mayor Caquías, me eligió como asistente. Recibí los banderines sobrantes y una placa de bronce donde decía *Aula Táctica General Perón*. Y me dieron un diploma en que constaba que había sido designado *soldado distinguido*.

Volví a *Huinca Hué*. Poco después fuimos todos a *Lihué Calel*. Luego me vine a Buenos Aires para seguir la carrera de Derecho.

Lo que siguió es otra historia.

Esquina Chica, Domingo de Pascua 2021

ÍNDICE

.....	pág.
.....	"